

FILOSOFÍA PARA LA FELICIDAD EPICURO

CARLOS GARCÍA GUAL · EMILIO LLEDÓ · PIERRE HADOT

Traducción de Carlos García Gual



errata naturae

Los editores quieren expresar su agradecimiento a Ángel Lucía,
por su apoyo, sus consejos y su amistad.

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2013

© de «Sobre el epicureísmo», Emilio Lledó

© de «Epicuro y la búsqueda de la felicidad», Carlos García Gual

© de «¿Qué era la felicidad para los filósofos antiguos?», Pierre Hadot, *Études
de philosophie ancienne*, 1998, 2010, Les Belles Lettres, París

© de la traducción de este texto, Javier Palacio Tauste

© de la traducción de los textos de Epicuro, Carlos García Gual

© Errata naturae editores, 2013

C/ Río Uruguay 7, bajo C

28018 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-15217-55-8

DEPÓSITO LEGAL: M-19784-2013

CÓDIGO BIC: HP

DISEÑO DE PORTADA E ILUSTRACIÓN: David Sánchez

MAQUETACIÓN: María O'Shea

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Índice

SOBRE EL EPICUREÍSMO Emilio Lledó	7
EPICURO Y LA BÚSQUEDA DE LA FELICIDAD Carlos García Gual	25
¿QUÉ ERA LA FELICIDAD PARA LOS FILÓSOFOS ANTIGUOS? Pierre Hadot	45
CARTA A MENECEO (D. L., X, 122-135)	67
FRAGMENTOS Y TESTIMONIOS ESCOGIDOS	77
MÁXIMAS CAPITALES (D. L., X, 139-154)	93
EXHORTACIONES	111
ACERCA DEL SABIO (D. L., X, 117-121)	133

SOBRE EL EPICUREÍSMO

Emilio Lledó

Formas de vivir parece que fueron las propuestas de los filósofos en ese largo período que, después de Aristóteles, ha dado en llamarse «helenismo». No es que, un siglo antes, las ideas de Sócrates, Platón y el mismo Aristóteles no hubiesen pretendido lo mismo. La *República* platónica —ese gran cuadro ideal en el que se habla de la organización de los seres humanos y de su convivencia— estableció, con radicalidad, los engarces colectivos que sostienen la sociedad y los principios que la rigen. También Aristóteles, en la *Política* o en las *Éticas*, hizo algunos de los análisis más sutiles para entender qué es el bien del hombre y cuáles son las estructuras que, en común, alientan y afianzan ese bien. Estos escritos, que brotaban ya en los primeros pasos —pasos muy firmes, por cierto—

de la filosofía, indicaban también un sendero por el que había de desplazarse el pensamiento humano. Y ese sendero tenía que ver, en primer lugar, con la organización de la convivencia y, tal vez, en segundo lugar, con las posibilidades de esa convivencia para la felicidad, para el bien vivir.

Con independencia de las especulaciones más teóricas que idearon los filósofos griegos y, concretamente, Platón y Aristóteles, todas ellas estuvieron inmersas en ese espíritu político que no era otra cosa que el reconocimiento de la necesidad de la solidaridad, y en vistas de esa convivencia afectiva, la búsqueda de la justicia como forma suprema de hacerla posible.

Es verdad que todo ello implicaba un análisis de las estructuras reales e ideales de ese «animal que habla» que tan certeramente había caracterizado Aristóteles. Un animal que habla, porque la esencia del convivir necesita de la comunicación, y ésta es, a su vez, el elemento estructurador de la *polis*. Un animal que habla porque convive, porque vive con otros que le son próximos, que le son cercanos, que le son amigos o, incluso, enemigos. Y convivir es hablar, comunicarse, entenderse. La ya tan conocida tradición de la convivencia sigue siendo un ideal imprescindible de la política de todos los tiempos.

Pero, efectivamente, la reflexión sobre la organización de la *polis* implicaba, a su vez, el conocimiento de la realidad humana, y de las formas bajo las cuales el «ser» se presentaba en ese mamífero tan singular y, al mismo tiempo, tan colectivo. Por eso Platón, en los *Diálogos*, pretende mostrar, con elementos muy heterogéneos, la imagen de esos seres humanos, de qué están hechos, qué razones los alimentan, qué deseos los empujan. Aristóteles, estimulado por los planteamientos platónicos, levantó, a su vez, un impresionante edificio para acercarse a esta «filosofía de las cosas humanas» y construyó una serie de saberes que se desplazaban por territorios hasta entonces inexplorados: la lógica, la psicología, la física, la zoología, la retórica, la poética, la metafísica, la ética, la política. Todo ello tenía sentido porque podía ayudar a la construcción de la Política, «el más *arquitectónico* y *dominante* de los saberes porque parece ser que los comprende a todos... pues aunque el bien del individuo y el de la ciudad sean el mismo, es evidente que será mucho más grande y más perfecto alcanzar y preservar el bien de la ciudad; porque, ciertamente, ya es apetecible procurar este bien para uno solo, pero es más hermoso y sublime lograrlo para un pueblo y para las ciudades» (*Ética a Nicomáco*, 1, 2, 1094a 26 - 1094b 10).

La filosofía del período llamado helenismo, que va surgiendo después de la época clásica del pensamiento

griego, no implica sólo una mera sucesión temporal. Las escuelas epicúreas, estoicas y escépticas que cubrían buena parte del espacio cultural a partir del siglo iv a. C. arrancan también de muchos de los planteamientos de Platón y Aristóteles, aunque sea para polemizar con ellos.

Uno de los opositores más radicales a los grandes maestros griegos va a ser Epicuro. Su personalidad, desfigurada, semiborrada en la tradición filosófica, representa, sin duda, una de las figuras más atractivas y, a la par, misteriosas de la historia del pensamiento. No es fácil probarlo, pero podría establecerse una hipótesis plausible afirmando que Epicuro fue una de las primeras víctimas de la censura ideológica. Las razones de esta condena constituyen, también, una de las dificultades mayores para entender, en todos los detalles, el sentido de su mensaje.

Pero esa misma dificultad nos permite adentrarnos por senderos que han estado abriéndose siempre en los márgenes del amplio camino de la tradición, aunque no siempre hayan sido recorridos. Éste sería el motivo de la marcada «marginalidad» del epicureísmo. Una filosofía, pues, «incorrecta», no asumida plenamente por los «correctos» dominios de una buena parte de la Filosofía. Es verdad que esta simplificación puede resultar injusta para algunos de los grandes innovadores filosóficos que, dentro del camino «tradicional»,

han aportado territorios nuevos, visiones nuevas con que alimentar nuestra vida y, por supuesto, nuestros cerebros. Pero estos filósofos han sido, al menos, conocidos. Sus obras han llegado hasta nosotros en su mayor parte, y aunque hayan podido ser rechazadas, malinterpretadas e, incluso, prohibidas, han alcanzado al menos a sus posibles lectores.

Pero de Epicuro no nos quedan más que tres cartas dirigidas a sus amigos, recogidas en la posterior recopilación de Diógenes Laercio, ya a finales del siglo III de nuestra era, y unos cuantos fragmentos. Por referencias de otros autores sabemos que la producción escrita de Epicuro fue muy abundante y el mismo Diógenes Laercio, al comienzo del libro X de su *Vida de los filósofos más ilustres*, da títulos como *Sobre la naturaleza*, *Sobre el amor*, *Sobre las plantas*, *Sobre la justicia*, *Sobre las imágenes mentales*, *Sobre la música*, *Sobre las enfermedades*, *Sobre las sectas*, *Sobre las formas de vida*, *Sobre el juicio y la elección*, etc. Algo parecido había ocurrido con un filósofo muy próximo al pensamiento de Epicuro y del que éste podría considerarse discípulo. Demócrito de Abdera, el otro gran materialista de la antigüedad, por utilizar una expresión usual en los manuales de filosofía, autor de una extensa obra escrita a quien sólo podemos conocer a partir de breves fragmentos supuestamente auténticos, reunidos amorosamente por los filólogos. Otro

maldito, pues, de la filosofía y a quien, sin embargo, debemos una de las intuiciones científicas fundamentales: el concepto de átomo y la estructura atómica de la materia.

Epicuro, hijo de colonos atenienses, había nacido en el año 342 a. C. en la isla de Samos, muy próxima a las costas de Asia Menor y a esas ciudades que, como Mileto y Éfeso, habían sido cuna de la filosofía. Pero el colono Neoclés, su padre, no sólo se dedicaba a cultivar la tierra, sino a una profesión tal vez no muy distinta, la de maestro de escuela, en la que, al parecer, le ayudaba su hijo. Exiliados los padres a Colofón, Epicuro entró en contacto con discípulos de Demócrito e incluso tuvo influencias aristotélicas. Es a los treinta años cuando empieza sus enseñanzas en Mitilene, que continúa por otras ciudades. Estos viajes le permitieron rodearse de un pequeño círculo de fieles amigos que, como Hermarco, Metrodoro y Colotes, le acompañarían ya toda la vida.

Pero quizá, el momento más importante de ese peregrinaje fue su llegada a Atenas en el año 306 y, allí, la compra de una casa, con un pequeño jardín, que habría de convertirse en una escuela de sabiduría, en un establecimiento semejante a la famosa Academia platónica o al Liceo de Aristóteles. Epicuro residió en Atenas, hasta su muerte en el año 271, aunque emprendió algunos viajes para visitar a los

pequeños grupos de amigos repartidos por las islas y por las ciudades de Asia Menor.

El llamado «Jardín» de Epicuro era, sin embargo, muy distinto de las instituciones docentes fundadas por Platón y Aristóteles. Mucho menos preocupado por llevar a cabo investigaciones científicas o lingüísticas, como en el Liceo, y nada interesado, como lo estuvo la Academia, en forjar líderes políticos, «reyes-filósofos» que se hicieran cargo de la nave del Estado y que supieran llevarla a buen puerto, Epicuro llevó a cabo una verdadera revolución en la forma y sentido de sus enseñanzas e, incluso, en la variedad de sus oyentes. Mujeres, esclavos, niños, ancianos acudían al Jardín a escuchar al maestro y a dialogar con él. Estos encuentros se orientaban, casi exclusivamente, a descubrir en qué consistía la felicidad desde las raíces mismas sobre las que se levantaba cada vida individual. Esto implicó ya un planteamiento muy distinto de aquel «hombre político» que tanto había preocupado a Platón y a Aristóteles. Sorprende que Epicuro reclamase de sus amigos que no se dedicasen a la política. Sorprende, porque esta ocupación había sido entendida como una entrega total al bien de los otros, y esta entrega debía alcanzar un nivel tal de generosidad que Platón mismo llegó a pensar si los políticos podrían ser felices. «Serán ellos —los gobernantes— los únicos ciudadanos a quienes no

esté permitido manejar ni tocar el oro ni la plata, ni entrar bajo el techo que cubra estos metales, ni llevarlos sobre sí, ni beber en recipientes fabricados con ellos» (*República*, III, 417a). «El gobernante no está para atender a su propio bien, sino al del gobernado» (*República*, I, 347d). Esta teoría, llena de buena voluntad, había sido, desgraciadamente, contradicha por la práctica, y Epicuro entendió que era necesario arrancar de otros principios muy distintos para la educación de los «guardianes», de los vigilantes y cuidadores del zoológico humano.

Para ello intuyó que había que intensificar las relaciones con nosotros mismos antes de pensar en organizarnos como sociedad. Las grandes teorías de sus predecesores habían olvidado un principio esencial de toda felicidad y, por supuesto, de toda sabiduría: el cuerpo humano y la mente que lo habitaba. Con respecto a la mente, tenía que estar libre de los terrores que, en buena parte, había incrustado en ella la religión. Una mente atemorizada es una mente infeliz y, al mismo tiempo, es, de alguna forma, creadora de infelicidad. Esta infelicidad y estos temores son principios destructores de la vida, de la alegría que debe inundar la existencia, y el sustentarse en ellos es una de las grandes falsificaciones que han poblado la historia. Probablemente Epicuro está pensando en este problema cuando, en un chocante fragmento

(Us. 163), nos dice: «Feliz tú que huyes, a velas desplegadas, de toda clase de *paideia*, de educación». Una educación que, en lugar de desarrollar la autarquía y la libertad, nos esclavizaba con la angustia de tradicionales mitologías —las telarañas, que diría Nietzsche—, contradice su fundamental misión.

La «sensación», como principio de todo conocimiento requería, sin embargo, una estructura más teórica desde la que confirmarse. Epicuro escribió, sobre esto, un libro perdido, que llevaba el título de *Canon* y que consistía en un estudio de reglas para discernir lo verdadero de lo falso. El mundo de las sensaciones necesita criterios para organizarlas. Porque la mente se nutre de las experiencias que van ofreciendo esas sensaciones. Experiencias que crean «opiniones», «anticipaciones», formas de ver las cosas que condicionan la aparente neutralidad de lo que vemos. Nuestro mundo interior, ese microcosmos que nos constituye, determina las interpretaciones de todo lo que sentimos, de todo lo que vemos y oímos. Hay algo en nosotros que se «anticipa» —por utilizar un término característico de Epicuro— a nuestra experiencia de los otros seres.

Esto plantea una cuestión de gran actualidad y, sin duda, condicionará, en parte, el desarrollo del pensamiento contemporáneo. La presión que ejerce ese inmenso imperio de información que nos asfixia